

No ocultar nuestros problemas...

Mientras muchos creían que el fin de la guerra fría significaría la llegada de la paz, el mundo consternado ha visto aparecer brotes de inusitada violencia. Casi han dejado de ser noticia los horrores de la guerra en Bosnia; cuesta creer que la humanidad pueda llegar a los extremos a que ha llegado en Ruanda. Se han establecido fronteras de sangre entre repúblicas cuyos extraños nombres nos eran desconocidos mientras formaban parte de la antigua Unión Soviética. En Argelia, Alemania y otros países, los fanatismos étnicos o religiosos han sembrado la muerte, la destrucción y el dolor. Cerca de nosotros, en Argentina, esos mismos fanatismos hicieron volar una sede de la comunidad judía en la que murieron decenas de personas inocentes, entre las cuales, la esposa del rabino Kreiman tan ligado a Chile. En Méjico, en el mismo momento en que se celebraba la nueva era del NAFTA, apareció ese mundo de sórdidas injusticias padecidas por el sector campesino e indígena que en Chiapas se levantaba en armas, echando una duda sobre el conjunto de la sociedad.

¿CUÁL ES EL FACTOR COMÚN?

Ninguna de las situaciones señaladas ha surgido de improviso. Todas corresponden a problemas de larga data que han sido sistemáticamente silenciados o ahogados. Son viejas deudas que los grupos de poder o los más variados intereses no han querido saldar. Pero esas deudas se han ido acumulando y se cobran inexorablemente a un precio brutal.

La impuesta «pax yugoslava» no pudo borrar los conflictos entre croatas y serbios, y la prolongada era de Tito no acercó las distancias entre ortodoxos, católicos y musulmanes. El largo imperio zarista y el rigor de la Unión Soviética no sanaron los rencores de pueblos sometidos. En Ruanda, mezquinos intereses políticos se han aprovechado de siglos de diferencias étnicas, reavivando odios. La temática teológica del antisemitismo, que alejó a judíos de cristianos, ha cedido el paso a odios que separan el mundo árabe de los israelitas. Es el sangrar de heridas producidas por la creación del Estado de Israel y no cerradas oportunamente.

Todas estas situaciones tienen algo en común y nos transmiten una enseñanza que no podemos descuidar: el tiempo puede ser bueno para verdades pero no es remedio suficiente para todos los males. Los conflictos reales no se pueden ocultar ni postergar indefinidamente.

ALGUNOS CASOS CONCRETOS

Estas enseñanzas deben ponernos en guardia ante problemas que arrastramos en Chile y que no queremos enfrentar con el rigor que ellos requieren. El primero es la escandalosa diferencia en la distribución del ingresos. Aunque el modelo que estamos aplicando podría aliviar el drama de la pobreza extrema, sin embargo, no parece enfrentar con fuerza las desigualdades que genera. Resueltos los casos de indigencia, puede estallar el escándalo de la desigualdad. Si una parte de la población se siente excluida y no asume como propio el modelo que se emplea, se producirá una frontera interior infranqueable y explosiva. Por responsabilidad histórica, los empresarios y trabajadores, los políticos, los economistas deberían enfrentar este problema con rigor y celeridad. Proféticamente, un obispo habló de fijar «sueldos máximos». Sin entrar a discutir si esto es razonable, conveniente o posible, no hay duda que puso el dedo en una herida real. El progreso del país para su sustentabilidad supone un sustrato de solidaridad. Economías de mercado, modernas y desarrolladas, no presentan desigualdades tan pronunciadas como las nuestras.

En relación con lo anterior, nos parece potencialmente peligrosa la imagen que a menudo se presenta del empresario. Es necesario agotar los medios para corregir el imaginario social que considera que todo empresario es un explotador, un injusto aprovechador que sólo piensa

en su bolsillo. No podrá haber progreso estable si los profesores, los sacerdotes, los sindicalistas, los profesionales y el conjunto de la sociedad tienen esa percepción y demonizan la función empresarial. Para su desarrollo, Chile necesita contar con un grupo de empresarios creativos, modernos, capaces de correr riesgos y solidarios. Urge corregir aquellos hechos que dan pie a esa imagen negativa; y tanto empresarios como obreros, trabajadores en una misma empresa, deben cambiar un lenguaje confrontacional que puede dar frutos amargos a la larga.

Hay otros problemas nacionales que no deben ocultarse. Por ejemplo, parece esencial para un desarrollo armónico, que se produzca una sana integración de las fuerzas armadas en el tejido de la nación. Se han dado pasos positivos pero el problema está lejos de resolverse. La opinión pública percibe a las fuerzas armadas muy ligadas a un sector determinado del espectro político y eso no es bueno para el país. Es muy importante que todos sientan a sus fuerzas armadas como independientes y como un factor esencial de unidad, ecuanimidad y seguridad. Hay temas relacionados con lo militar que no pueden tratarse con libertad y que son vitales para el desarrollo del país como, por ejemplo, la justa proporción entre lo que se gasta en defensa, salud y educación (en este punto Chile no se compara bien con otras naciones). Desgraciadamente, estos temas no se pueden plantear con fuerza por temor a herir susceptibilidades. Gravita negativamente en esto la falta de solución al problema de los desaparecidos. Se ha optado por el remedio del tiempo, pero sabemos que la receta es peligrosa. La amnesia, como nos lo ha recordado recientemente una película nacional, termina aprisionándonos a todos. En muchos sectores hay rencor; sienten que ha habido impunidad y no aceptan que se siga justificando con inaceptables ideologías todo lo que pasó o que se proteja con el manto de la institución a los responsables. El país conoce la verdad, es capaz de comprender los atenuantes, pero sigue esperando un acto patriótico. Muchos piensan que mientras no haya un gesto de buena voluntad como sería informar sobre los desaparecidos, no habrá cicatriz.

Delicado es el problema de la Constitución Política del Estado que debería ser punto de referencia y garantía de convivencia civilizada. Por desgracia, mucha gente no se siente interpretada por dicha carta. Ella fue aprobada en medio de circunstancias que no eran las más aptas para el voto secreto, libre e informado. Es cierto que se introdujeron modificaciones, pero no es menos cierto que eso no convalida necesariamente el conjunto del texto. Una buena constitución debe expresar a la mayoría y salvaguardar con equidad y justicia los derechos de la minoría. Todo lo que se haga para que ese punto de referencia común, que no puede estar cambiándose con frecuencia, exprese real y democráticamente las grandes opciones del país, será garantía de estabilidad y paz duradera.

En otro orden de cosas cabría señalar el problema de la disolución de la familia. Nada sacamos quedando tranquilos porque Chile es de los pocos países donde no existe ley de divorcio. La realidad es alarmante y no puede ser ocultada. Más extendido que el problema de las nulidades es la dramática situación de las separaciones. Las instancias políticas, morales, religiosas deben enfrentar este problema, no pueden dejar las cosas como están, porque una crisis de la familia afecta el alma del país y todo el sistema de transmisión de sus valores. El problema de fondo no se puede circunscribir a la dictación de una ley de divorcio.

Hemos señalado sólo algunos casos concretos. Podrían indicarse muchos otros, como el amenazante submundo de la droga o la crisis de la justicia.

LA VERDAD NOS HARÁ LIBRES

La Iglesia ha recordado una y otra vez la importancia de la verdad. En Chile hay malestar porque es un país que por temor a conflictos, no se ventilan con total honestidad las cosas. Nos tranquilizamos cuando formulamos una ley y a veces nos quedamos en la letra de ella, sin encarar los problemas reales a los que esa ley se refiere.

Lo que ha pasado en otras partes del planeta debe ponernos en guardia. Por años creímos que lo que veíamos en otros países no podría jamás pasar en Chile. Y vino la confrontación y el derrumbe. Vimos humillados que éramos capaces de todo eso y mucho más. Tenemos tiempo y condiciones para no echarle tierra y olvido a los problemas. Es este un desafío como nación.

Mensaje

26 de agosto de 1994